

Escripta


Revista de Historia

INTERPRETANDO AL MAZATLÁN DEL SIGLO XIX
COMO UN TEXTO: EL PAISAJE URBANO
Y SU RETÓRICA DE DOMINACIÓN

INTERPRETING 19TH CENTURY MAZATLAN
AS A TEXT: THE URBAN LANDSCAPE
AND ITS DOMINATION RHETORIC

Roberto Antonio Mendieta Vega
orcid.org/0000-0001-9039-8988

Recepción: 5 de marzo de 2021
Aceptación: 8 de agosto de 2022



INTERPRETANDO AL MAZATLÁN DEL SIGLO XIX COMO UN TEXTO: EL PAISAJE URBANO Y SU RETÓRICA DE DOMINACIÓN

INTERPRETING 19TH CENTURY MAZATLAN AS A TEXT: THE URBAN LANDSCAPE AND ITS DOMINATION RHETORIC

Roberto Antonio Mendieta Vega¹

Resumen

El presente trabajo desarrolla, a partir de las premisas de la teoría de interpretación político-discursiva de la llamada nueva geografía cultural y de metodologías propias de la historia sociocultural, una interpretación de la ciudad-puerto de Mazatlán decimonónico; desde su diseño y funcionalidad urbana dirigida por inmigrantes extranjeros, la construcción sociocultural del paisaje y los discursos políticos de la arquitectura, así como las distintas representaciones que de ellas se crearon desde su surgimiento a inicios del siglo XIX hasta finales del mismo. La hipótesis sugiere que el diseño urbano, la arquitectura y, en general, el paisaje de la ciudad-puerto no sólo deben ser analizados por sus cualidades culturales, sino también como formas simbólicas de dominación y dirigencia (hegemonía) por parte de la clase dominante extranjera. Para lograr su comprobación histórica, se utilizarán técnicas para ordenar la actividad de investigación siguiendo lineamientos básicos de la metodología propuesta por la historia sociocultural, a partir de la recolección y lectura crítica de documentos y otras fuentes de la época como diarios de viajeros, imágenes, literatura y periódicos.

Palabras clave: Mazatlán; dominación; política; paisaje; cultura; élites; discursos.

¹ Licenciado en Sociología, maestro en Historia y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de Sinaloa. Desde 2018 es Miembro del SNI-Conacyt. Actualmente se desempeña como profesor/investigador en la Universidad Autónoma de Occidente, Unidad Mazatlán. Contacto: roberto.mendieta@uadeo.mx

Summary

The present work develops from the premises of the theory of political-discursive interpretation of the so-called new cultural geography, and of methodologies typical of socio-cultural history, an interpretation of the nineteenth-century city-port of Mazatlán; from its design and urban functionality directed by foreign immigrants, the socio-cultural construction of the landscape and the political discourses of architecture, as well as the different representations that were created of them from their appearance at the beginning of the 19th century until the end of it. The hypothesis suggests that the urban design, architecture and, in general, the landscape of the city-port should not only be analyzed for their cultural qualities, but also as symbolic forms of domination and leadership (hegemony) by the ruling class. Foreign. To achieve its historical verification, techniques will be used to organize the research activity following the basic guidelines of the methodology proposed by sociocultural history, based on the collection and critical reading of documents and other sources of the time such as traveler's diaries, images, literature, and newspapers.

Keywords: Mazatlan, domination, landscape, culture, elites, discourses.

Introducción: la nueva geografía cultural y el estudio del paisaje como un texto

El espacio de un orden se oculta en el orden del espacio.

Henri Lefebvre

El problema del estudio del paisaje urbano o rural en la investigación histórica reviste una complejidad propia de la ciencia transdisciplinaria contemporánea. Desde el ámbito de las Ciencias Sociales, la geografía cultural, la sociología, la antropología y la historia, se vinculan con el estudio del paisaje sin reducirse a un campo de conocimiento científico particular, partiendo de los nuevos enfoques y diálogos teórico-interdisciplinarios que permitan crear y dar respuesta a nuevos cuestionamientos sobre la realidad. Por ejemplo, imaginar, teorizar o, lo que es lo mismo, “mirar” las sociedades pasadas, presentes y

futuras desde la *nueva geografía cultural* es un evento intelectual que necesariamente se pregunta por las configuraciones de poder que llevan a construcciones más o menos estables de representaciones y memorias colectivas, tanto del paisaje como del espacio social. Así, la etapa de estudio del paisaje que se denomina como posmoderna acaecida en las últimas décadas del siglo XX hace posible la emergencia de estas nuevas “miradas” transdisciplinarias no pocas de ellas vinculadas a perspectivas críticas neomarxistas, como la que se desarrolla en este trabajo a partir de la obra de James Duncan (1990):

[...] el enfoque se encamina a analizar el paisaje como parte activa en el establecimiento o contestación de un orden social en un contexto histórico-geográfico determinado. [...] se propone deconstruir paisajes coloniales, mostrando cómo sus representaciones hacían parte de un sistema más amplio de símbolos políticos y culturales. [...] el paisaje, en este caso, de la ciudad es un texto en donde a través de una lectura analítica y entrelíneas puede verse la impronta del poder político, económico y religioso. [...] Es precisamente en este sentido que Duncan concibe el paisaje, como sistema de significados que tiene la pretensión de comunicar y reproducir un determinado orden social [...] el paisaje puede ser utilizado por individuos o grupos sociales para reproducir, legitimar o subvertir un poder político hegemónico [...] Esta acepción del término le permite hacer inferencias encaminadas a develar, tras la silueta muchas veces naturalizada y eterna de un bello paisaje, los significados e ideologías subyacentes y funcionales a las relaciones de poder vigentes en un periodo y lugar particular”. (Delgado, 2010, pp. 81-82)

Se comparte con esta perspectiva, además de su carácter intersubjetivo y crítico, cuestionamientos como los elaborados por Alan Pred al reflexionar sobre la propuesta crítica de James Duncan: “[...] como un modelo para leer paisajes en tanto que producciones culturales y sistemas simbólicos complejos cuya significación son objeto de luchas y contestaciones sociales [...] las preguntas pertinentes que se deberían plantear al estudioso de paisajes son: ¿Cuál es el papel de los paisajes en la constitución de las prácticas políticas y sociales? ¿Cuáles son los signos ideológicos del paisaje a través de los cuales

se reproduce el orden social? ¿De qué forma, bajo qué intereses, y para qué propósitos, se construye la memoria colectiva (la representación del pasado) en el paisaje? (Kramersch, 1999, p. 57).

Estos supuestos advierten que no basta con otorgar al paisaje su génesis como parte de un territorio natural delimitado en un mapa o trazado urbano, su filiación simbólica o tan sólo como construcción social, sino el remarcar las disputas sociales (hegemonía) que conllevan su configuración y distribución, quiénes las dirigen y con qué fines. Para lograrlo, es necesario dar una segunda dimensión humana y de clase al *paisaje*, interpretarlo políticamente como un texto-discurso que transmite un mensaje a quienes lo contemplaron y habitaron en el Mazatlán decimonónico. Este texto, sostiene James S. Duncan, se construye por quien domina, dirige y gobierna hegemoníamente con fines económicos, políticos o religiosos, porque el *paisaje social* es algo más que nuestra autobiografía, algo más que un reflejo estético de la cultura de una época:

Aunque tradicionalmente los paisajes han sido reconocidos como reflejo de la cultura en la que se construyeron, o como una especie de artefacto de “huellas”, que ofrece pistas sobre los acontecimientos del pasado, particularmente de difusión, sólo en raras ocasiones son reconocidos como elementos constitutivos de los procesos socio-políticos propios de la reproducción y el cambio cultural [...] Es este olvido, esta amnesia cultural, la que permite al paisaje actuar como un instrumento ideológico de gran alcance. Al convertirse en parte de la vida cotidiana, como algo dado, objetivo y natural, el paisaje enmascara la artificial e ideológica naturaleza de su forma y contenido. Su historia como una construcción social no es examinada. (Duncan, 1990, p. 11-19)

En este sentido, para entender a cabalidad las dimensiones sociopolíticas del paisaje se debe considerar su función como un *sistema comunicacional* más que existe en las sociedades para representar la realidad. Para comprender esto, es necesario referir brevemente qué significa un *campo discursivo* en esta perspectiva teórica:

El término campos discursivos al cual nos referimos, serán una serie de discursos de competencia, constituidos por un conjunto de narraciones, conceptos e ideologías correspondientes a un ámbito particular de las prácticas sociales. [...] Los campos discursivos también pueden girar en torno a los conceptos centrales dentro de la organización de una sociedad como la realeza [...] algunos de estos discursos son hegemónicos, mientras que otros son contestatarios [...] los discursos entonces se pueden definir como el marco social de la inteligibilidad en el que todas las prácticas se comunican, negocian o denuncian. (Duncan, 1990, p. 16)

Para sustentar empíricamente lo anterior, Duncan aplica su teoría de interpretación político-discursiva del paisaje en un estudio histórico del Reino de Kandy, en Sri Lanka, a inicios del siglo XIX, identificando como el *campo discursivo* de ese territorio las referencias religiosas al poder del rey y cómo su poder es espacial, y temporalmente contiguos, con el poder de los dioses, los héroes y reyes de antaño. Para lograr esta interpretación utiliza como medio de significación tropos como la alegoría, sinécdoque y metonimia que conforman lo que denomina la *retórica del paisaje*:

La cuestión de la retórica del paisaje es interesante porque plantea cuestiones sobre los procesos mediante el cual el paisaje se lee como un si fuera un texto y por lo tanto actúa como un dispositivo de comunicación de reproducción del orden social [...] la primera explora el impacto de la objetivación, la eficacia del paisaje como un vehículo concreto, visual de inculcación sutil y gradual. La segunda analiza los tropos que se encuentra en un paisaje, que codifican y comunican la información mediante el cual los lectores pueden, o no ser, completamente convencidos de la rectitud, la naturalidad o la legitimidad de los discursos hegemónicos. (Duncan, 1990, p. 19)

En este sentido, como antecedente fundamental de la nueva geografía cultural, Henri Lefebvre (2013) advirtió sobre la capacidad de una sociedad de producir su espacio, de concebirlo como un producto de relaciones sociales particulares, como una construcción social: “El mismo es el resultado de la acción social, de las prácticas, las relaciones, las experiencias sociales, pero a

su vez es parte de ellas. Es soporte, pero también es campo de acción. No hay relaciones sociales sin espacio, de igual modo que no hay espacio sin relaciones sociales” (Martínez, 2013, p. 14). Desde su mirada marxista, Lefebvre desarrolla su teoría del espacio no fragmentado (lo concebido, lo representado y lo vivido), donde sostiene la importancia teórica de incluir el concepto de hegemonía, al destacar tanto

[...] el lado activo (operacional, instrumental) del espacio, como saber y acción, en el modo de producción existente. Mostraremos cómo sirve el espacio y cómo la hegemonía lo emplea para la constitución, a partir de una lógica subyacente, y con la ayuda del saber y de las técnicas, de un “sistema”. (Lefebvre, 2013, p. 71)

Otras distinciones fundamentales consideradas en el presente trabajo son la *producción* y la *apropiación* del espacio social, donde a la primera se le atribuye

[...] la forma en que cada sociedad genera y modela el espacio que ocupa a lo largo de la historia [...] El espacio urbano deviene no sólo espacio mercancía sino también espacio instrumental. [...] un análisis de la producción del espacio en clave de economía política (donde lo inmobiliario y/o la producción del espacio amplían la lógica productivista en el espacio) sino que, además, llama la atención sobre la manipulación espacial que sirve a la reproducción de las relaciones sociales como ideología. (Martínez, 2013, p. 42-43)

Siguiendo estas ideas lefebvreanas de producción del espacio social, emerge la necesidad metodológica de seguir las huellas (fuentes) historiográficas de sujetos que experimentaron “lo vivido” de la cotidianidad de aquellas sociedades situadas en la costa del noroeste de México; principalmente, textos y documentos de viajeros e inmigrantes extranjeros y nacionales que estuvieron en Mazatlán durante el siglo XIX. Esto responde a la importancia que tiene en la investigación las narraciones, descripciones, representaciones e interpretaciones críticas de experiencias cotidianas de “primera mano” con la ciudad de aquellos días.

A esta pretensión teórico-metodológica, se suma una propuesta de periodización para el desarrollo de la investigación al establecer teóricamente dos periodos de estudio en el siglo XIX,² inspirados en la perspectiva de Florencia Mallón (2002) en su investigación sobre los procesos hegemónicos en la sierra de Puebla en 1910: pensarlos, primero, como un proceso que se desarrolla en una sociedad y tiempo determinado, y segundo, como un momento culminante de concreción del mismo, de establecimiento de la hegemonía. Así, se hará referencia al periodo del *Mazatlán decimonónico temprano* que inicia con los procesos de independencia de México y tiene algún punto culminante después de la invasión francesa y el inicio del régimen dictatorial porfirista (1876). Por consiguiente, al momento de concreción de la hegemonía extranjera se le denominará como el periodo del *Mazatlán decimonónico tardío*,³ que va durante todo el porfiriato hasta los años de iniciales de la Revolución mexicana en el siglo XX.

Para finalizar, el campo discursivo del Mazatlán decimonónico se sostiene en una estructura social con las siguientes características: en un principio, Mazatlán tenía apellido extranjero, era gobernado por las leyes fisiócratas del *laissez faire, laissez passer* y en su alma se erigió un templo moderno al dios Mammon. Lo que articuló las primeras interacciones sociales e instituciones, los conceptos centrales que dirigen el poblamiento de aquella añeja bahía frente a las Islas de Mazatlán, fue el comercio (Román, 1993) y el contrabando (Vega, 1998), pero no el comercio a secas, no el saqueo individualista, sino ambos procesos condicionados por el nuevo imperialismo impulsado por el capitalismo y la modernidad ilustrada europea. Interpretaremos a continuación el ordenamiento de la ciudad y el paisaje del Mazatlán decimonónico, centrando atención en el espacio social, los edificios, la arquitectura, sus calles, como referente de las disputas hegemónicas de la época.

² Se comparte la tesis de Jacques Le Goff sobre las periodizaciones de la historia que “[...] indica una acción humana en el tiempo y señala que su corte no es neutro” (Le Goff, 2016, p. 11).

³ En un trabajo previo, también se ha denominado este periodo como la *belle époque* mazatleca (Mendieta, 2016).

El paisaje del Mazatlán decimonónico temprano en la mirada de sus visitantes

¿Qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura,
sino la historia, sino la cultura de Calibán?

Roberto Fernández Retamar

En tiempos coloniales, bajo la hegemonía de la corona española, el territorio de lo que hoy se conoce con el sur de Sinaloa fue escenario de diversas disputas por su apropiación, dominio comercial y político. Como señala Wilfrido Llanes (2015), la compañía de milicianos pardos de Mazatlán cumplió, debido a razones geopolíticas durante aproximadamente tres siglos, funciones de control y dominio sobre el territorio del noroeste novohispano ante el acecho político y el saqueo de otras potencias colonialistas, entre las que destacan ingleses, franceses y rusos:

Se habían ganado una reputación ambivalente, se les consideraba buenos militares y aprovechados de la situación para defender a “indeseables” de la sociedad. Los informes sobre la tarea realizada por los mulatos confirman este carácter contradictorio, por un lado, las autoridades subrayaban las bondades de los servicios prestados, la fidelidad a su labor y, por otro, la falta de subordinación a las autoridades externas a su “pequeña república parda”, como la denominó el brigadier Enrique Grimarest. (Llanes, 2015, p. 4)

Este proceso de apropiación inició al dibujarse los primeros mapas de la bahía, o península de las denominadas islas de Mazatlán, por parte de piratas y navegantes europeos, creándose una nueva función de dicho territorio, ya que

Representar el territorio es ya apropiárselo. Ahora bien, esta representación no es un calco, sino siempre una construcción. En primer lugar, el mapa se traza para conocer y después para actuar. Comparte con el territorio el ser proceso, producto, proyecto, y como es también forma y sentido, incluso corremos el riesgo de tomarlo como sujeto. (Cordoz, 1983, p. 31)

Interpretando al Mazatlán del siglo XIX como un texto: el paisaje urbano y su retórica de dominación



Imagen 1. Primer mapa donde se menciona Mazatlán dentro de una ruta marítima colonial; en él ya se puede observar una representación de un venado como distinción simbólica de la región. Si bien se sabe que no había villa o ciudad en ese territorio, se puede atribuir a que ya desde entonces se identificaba la bahía cercana al presidio de los mulatos (hoy Villa Unión) como un espacio que era parte de dicha población, o por lo menos que era frecuentado por los pobladores como lugar de paso hacia el Camino Real.

A esta idea de apropiación del territorio es necesario añadir dos cualidades más: el ser un proceso, algo vivo que se modifica en el tiempo y el espacio por acción de dos factores: los diseños de la naturaleza y los diseños de la cultura humana;

Desde el momento en que una población lo ocupa (sea a través de una relación ligera, como la recolección, o dura, como la extracción minera), establece con el territorio una relación que tiene que ver con la ordenación, o incluso la planificación, y los efectos recíprocos de esta coexistencia pueden ser observados. En otras palabras, el territorio es objeto de una construcción. Es una clase de artefacto. Los fines y medios de este uso del territorio suponen a su vez coherencia y continuidad en el grupo social que decide y ejecuta las intervenciones de explotación, ya que la porción de corteza terrestre calificada de territorio es habitualmente objeto una relación de apropiación que no es únicamente de naturaleza física, sino por el contrario pone en práctica diversas intenciones, míticas o políticas. (Cordoz, 1983, p. 28)

Esto nos lleva al punto central de nuestra interpretación teórica de la ciudad-puerto de Mazatlán decimonónico: comprender cómo esta apropiación, representación y construcción del territorio se manifiesta en el *paisaje* que la población contempla, habita y descifra cotidianamente; esto es, las calles que camina, las edificaciones que contempla, las plazas, los referentes que guían y dan sentido a su ciudad. Para lograrlo, es necesario recordar que durante el siglo XIX sudamericano una ideología política racista y civilizatoria siguió al pie de la letra la frase de guerra acuñada por el intelectual argentino Juan B. Alberdi (2017): “gobernar es poblar”. Con ella se justificó la inmigración extranjera en esas regiones del continente, así como un plan nacional dirigido a exterminar indígenas y expropiar sus tierras. Pero la frase implicaba otras cosas, como bien señala Alberdi: gobernar era civilizar, era dominar; gobernar era poblar, pero siguiendo las formas de vida de la Europa capitalista-ilustrada.

La anhelada modernización material y cultural se relacionaba con la polaridad que presentó el juego conceptual de contraposición sarmientiana de *civilización y barbarie* (2013), que, después de los procesos de independencia en el continente, ubicó en las antípodas de la civilización las prácticas culturales de indígenas, negros y sectores populares, clase social sobre la cual la élite se autoasignó una misión civilizadora que entendió como necesaria de transformar y, en el mejor de los casos, excluir, cuando no eliminar. En el México independiente de 1822, unos problemas similares plantearon los diputados de las entonces Provincias Internas de Occidente; al referir los bienes naturales existentes en las cuatro provincias se advierte que el poblamiento es fundamental para gobernar esos territorios escasamente habitados:

[...] pero su estado no corresponde a estas ventajosas proporciones, porque falta la población, y la experiencia de todos los países acredita aquella verdad y elemento político de que ni los metales preciosos, ni los demás bienes hacen felices a los pueblos, si les falta el buen régimen, la industria, y la vida laboriosa de sus habitantes, según ha sucedido en aquellos desgraciados territorios, por causas tan antiguas como su descubrimiento. (Riesgo, 1822, pp. 7-8)

A inicios del siglo XIX, el espacio geográfico, o sea, el territorio en donde actualmente se ubica el puerto de Mazatlán, sufrió un proceso de apropiación y dominación de nuevo tipo, al ponerse en contacto directo con las rutas mercantiles del capitalismo europeo por el mar del Pacífico, por parte de ingleses, franceses y alemanes. En un lapso de 20 años, el territorio y el paisaje se transformó, lo que no pudo hacerse en 300 años de régimen colonial; el embarcadero pasó de Playa Norte a Playa Sur, se trasladó la aduana desde El Rosario hasta su lugar actual; posteriormente, y esto no en un lapso mayor a cuarenta años, se edificó la base urbana donde germinaría el puerto más importante del Pacífico mexicano. La casa comercial extranjera fue la edificación arquitectónica referencia de la vida del Mazatlán decimonónico; lugar de sociabilidades, prácticas y representaciones hegemónicas modernas de las élites dirigentes del puerto (Mendieta, 2010). Y todo gracias a dos fenómenos sociales más fuertes que cualesquiera condiciones naturales adversas: el comercio internacional capitalista y la explotación, depredación y contrabando de los minerales de la Sierra Madre Occidental.

La presencia de la élite extranjera en el Mazatlán decimonónico nunca fue de importancia en cantidad; su presencia más bien se debe medir por sus cualidades como grupo dominante que actúa de acuerdo con una planeación racional e imperialista:

[...] el grupo de extranjeros nunca fue predominante en número, en cambio sí lo fue en influencia económica, política y sociocultural. Su impacto en la conformación de una élite es profundo. Teniendo como resultado que el espacio (la ciudad y puerto de Mazatlán) fue creado al ritmo de sus intereses y necesidades [...] En el primer censo de población de 1841 se menciona la presencia de 115 habitantes de origen extranjero de un total de 3847 habitantes. En este universo destacan los europeos que ocupan el 77 % mientras que los asiáticos el 17 y un 6% los norteamericanos. (Martínez, 2007, p. 80)

La posición asignada al noroeste mexicano en esta red económica mundial capitalista fue de lugar de venta de productos manufacturados en otras regiones y de saqueo de la riqueza mineral. Por su posición geográfica, cerca de los

principales centros mineros de la Sierra Madre Occidental, así como por su cercanía con el occidente mexicano, las californias y los mercados asiáticos, la ciudad-puerto de Mazatlán despuntó como el espacio económico central de toda esta región hasta que San Francisco le arrebató este lugar a mediados del siglo XIX:

[...] la región sur se fue articulando desde la colonia hasta mediados del siglo XIX, proceso que se efectuó a través de los centros mineros de Pánuco, Copala, Charcas, San Sebastián y El Rosario, a lo que habría que agregarle que también esta integración se fincó volteando su mirada hacia el mar exterior con Europa, Asia y Estados Unidos, y al interior por el comercio de cabotaje que tuvo con los puertos de la Baja California, San Francisco al norte y al sur con San Blas y Guaymas. Además de las relaciones comerciales con los estados de Durango, Nayarit y Jalisco, lo que conformó una sociedad influenciada por estas relaciones comerciales que determinaron su comportamiento social. (Román, 2002, p. 147)

La relevancia geopolítica y económica del puerto de Mazatlán durante la mayor parte del siglo XIX se vuelve evidente al referirnos a los tiempos de la invasión francesa a México y su campaña militar en Sinaloa:

El interés de los franceses por apoderarse primordialmente del puerto de Mazatlán, antes que de la ciudad de Culiacán, que era la capital del estado, sede de los poderes políticos y administrativos, se debía al valor estratégico que para los intereses franceses guardaba el referido puerto, que para ese entonces era el centro comercial más próspero del noroeste de México, y cuya aduana marítima manejaba una suma considerable de dinero recabado por cobros de derechos aduanales por mercancías exportadas o importadas, dinero que los monárquicos no deseaban continuara suministrando recursos económicos a la causa de los liberales. (Brito, 2018, p. 69)

Para comprender mejor el momento de formación temprana del puerto de Mazatlán en la década de 1830, un testimonio sobre el despegue como ciudad y puerto lo proporciona el francés Abel Aubert du Petit-Thouars, cuando el

12 de diciembre de 1837 quedó admirado al notar el crecimiento y la prosperidad del puerto: “En menos de ocho años Mazatlán, triste pueblo, compuesto apenas de unas chozas miserables y un pequeño número de habitantes que no se ocupaban sino de la pesca, se ha convertido en una villa de comercio muy frecuentada y ya muy importante” (Lerma, 2005, p. 4). En este relato del inmigrante francés, también se puede dibujar un panorama de la vida social y cultural del momento, y en otro testimonio ratifica la importancia de los extranjeros en esa primera etapa de consolidación de Mazatlán:

[...] el capitán francés saludó al más afamado y conocido de los comerciantes mazatlecos, disfrutó de su amabilidad y cordialidad. [...] Pronto sus negocios lo hicieron fundar la primera casa comercial del puerto. Fueron las actividades comerciales de este gran señor las que dieron impulso al caserío de pescadores para convertirlo en tan sólo ocho años en la floreciente villa a la que llegaron los tripulantes de la Venus. Con sumo respeto y admiración du Petit-Thouars se refería a este banquero y negociante español como Monsieur Machado. (Lerma, 2005, p. 15)

En las crónicas del siglo XIX se destaca la mención al desorden en el trazo y la distribución de las vialidades, así como los relieves y zonas desgarradas por donde se establecían los hogares y fincas. El plano urbanístico de aquella ciudad era caótico, y según una nota de prensa de 1897, sus calles estrechas, apiñadas, cortas, irregulares, zigzagueantes, se explicaban considerando el establecimiento de los primeros pobladores en el terreno cercano a la bahía y los cerros en la segunda década del siglo XIX. Entonces, la prensa decimonónica sostenía que

No se preconibió la idea de fundar una ciudad, sino una población provisional en que especulaban los contrabandistas y los que comerciaban con las tropas que por entonces venían a vivaquear a estos lugares, y así se levantaba un edificio orientado como otro oblicuo a los vientos, según las necesidades del propietario y conforme lo exigía la configuración del terreno. Ora siguiendo una paralela a la costa, ora las márgenes de las marismas y lagunas, vino a quedar la ciudad, por

lo que toca a lo principal de ella, ubicada de forma caprichosa y fea. (El Correo de la Tarde, 7 de abril de 1897, p. 2)

Esta sola hipótesis derivaba en una secundaria; los primeros pobladores no acataron ninguna ley nacional que les otorgara las posesiones que con el tiempo fueron propiedad privada, sobre todo de extranjeros. El sólo derecho de ocupación los hizo dueños de los terrenos de lo que posteriormente será el centro social y económico de la ciudad:

Posteriormente se verificaron traslaciones de dominio, y como es corriente que el interés individual se sobreponga el interés general, los propietarios sucesores trataron de utilizar sus posesiones en la forma y dirección que las adquirieron; y de esta suerte surgieron los edificios que positivamente debían constituir la ciudad, aunque de por medio quedara una calle del Cairo y los frentes de las casas dieran a los puntos colaterales. (El Correo de la Tarde, 7 de abril de 1897, p. 2)

Esta reflexión histórica publicada en 1897 se escribió con el fin de apoyar una ley de catastro de la ciudad que terminara con todos los lugares baldíos sin construir, pero que se reclamaban como propiedad privada de particulares sin tener siquiera el título que los avalara. En esos días, la propiedad raíz en Mazatlán ascendía a 2 millones de pesos. Esta apropiación del suelo y la naturaleza del puerto de Mazatlán ha sido investigada desde el siglo XIX hasta el XX, concluyendo que los extranjeros que promovieron la población de la bahía de Mazatlán se apropiaron del suelo, modificando y depredando la naturaleza de ese ecosistema costero, lucrando y excluyendo con ello a la población nativa (Beraurd, 2007).

Incluso la Isla de la Piedra tenía dueños, según una advertencia firmada por uno de los principales *disciplinadores* culturales de fines de siglo, Adolfo O’Ryan, y publicada en la prensa decimonónica en 1879: “Ninguno tiene derecho para pasar a la isla, particularmente en días de fiesta, con el objeto de vender vendimias, fruta de horno, aguas frescas, etc., etc., sin un permiso especial del dueño de los terrenos. Se hace saber sobre todo a aquellos que por pretexto alegan ignorancia” (El Monitor del Pacífico, 4 de agosto de 1879).



Imagen 2. Dibujo titulado “Mazatlan, Mexique”. En él se plasma la ciudad del Mazatlán temprano, los cerros que entonces la limitaban, así como la bahía de Olas Altas y el fondeadero sur colindante con el astillero y la aduana marítima. Fue hecho en técnica de lápiz y pintura blanca en formato de 16x24,3 cm., por el artista Paul Emmert (1826-1867). Es parte de la colección de la Biblioteca Brancroft de dibujos de California y México.

Las razones que ocasionaron el primer trazo de la ciudad están relacionadas con el comercio y la función que tuvo para cohesionar intereses extranjeros, nacionales y regionales. Recordemos que las mercancías, así como los minerales que se extraían de la Sierra Madre, eran transportadas en barcos ubicados en un primer momento en la playa norte y que seguían dirección tierra adentro rumbo a los minerales de la región como San Sebastián y El Rosario. Entre esos dos puntos se trazó el primer camino:

[...] era la puerta de Mazatlán hacia el exterior del país y la Aduana era la puerta hacia el interior [...] la calle Principal uniría ambas puertas. El trazo que distribuiría el espacio ocupado ya de manera permanente fue determinado por las actividades relacionadas con el comercio y el transporte de mercancías. (Alvarado, 2005, p. 61)

Por ello, las rutas terrestres por donde se transportaban las mercancías que subían y bajaban de los barcos fueron los primeros trazos de una ciudad-puerto en el noroeste mexicano. Como ya se ha dicho, no hubo autoridad ni leyes

nacionales que dictaran ese primer ordenamiento del territorio; sin embargo, se estableció por dictados de la “mano invisible” del comercio capitalista, y por acción del grupo de extranjeros asentados en la región: “La nula existencia de ordenamiento urbano propició que dichos comerciantes procuraran, para ubicar sus establecimientos, las vías por las que se transportaban las mercancías, convirtiendo así a la mencionada calle Principal en la arteria en la que se ubicaron sus bodegas y almacenes” (Alvarado, 2005, p. 80).

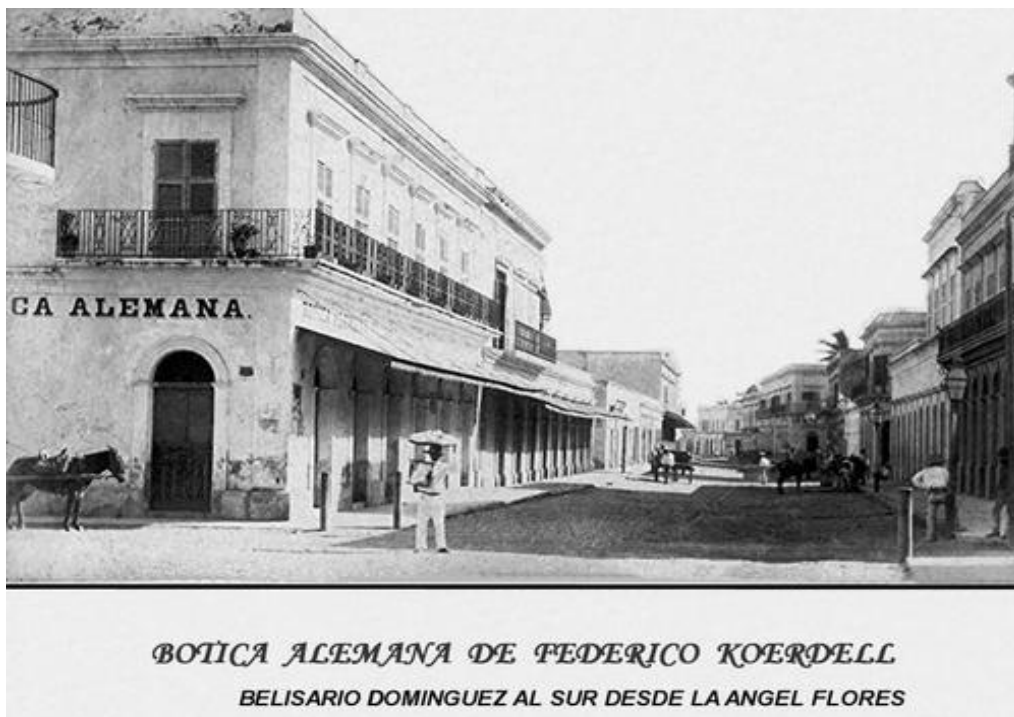


Imagen 3: Vista de la calle Principal ya avanzado el siglo XIX. En sus anchas calles el paisaje era dominado por las casas comerciales que adornaban sus fachadas con los apellidos extranjeros de sus propietarios. Si durante el porfirato se dice que las haciendas y los ferrocarriles fueron los signos de la modernidad, no cabe duda que para el Mazatlán temprano los buques de vapor y las casas comerciales cumplieron esa función de alegorías del progreso y la dominación extranjera sobre la región.

En el caso de Mazatlán, como argumenta Alvarado Fuentes, su centro ordenador no era geográfico ya que no era un espacio ubicado en esas coordenadas dentro de la ciudad-puerto, sino económico-social, porque ahí se recreaban las actividades fundamentales de aquella sociedad, y se dejaban ver

los actores principales de la misma: “La historia primera de Mazatlán, la que es posible desentrañar de sus vestigios materiales edificados más antiguos está en lo que hoy es el Centro Histórico de Mazatlán [...]” (Alvarado, 2005, p. 4). Los extranjeros fueron los artífices y, claro, los beneficiarios de todo este ordenamiento, y por ello, las primeras instituciones y referentes sociales fueron espacios sociales dedicados al comercio: la aduana, el astillero, la calle Principal, los embarcaderos y las casas comerciales. Una correspondencia de 1829, del administrador de la aduana terrestre de este puerto con el alcalde único del mismo, informa que “Don Juan Dirriu, francés de nación, vendió a la aduana marítima de este puerto la casa que sirve en oficina (ilegible) en ochocientos pesos [...]” (Archivo Histórico del Municipio de Mazatlán [AHMM], febrero de 1829). Sobre esta primera formación de Mazatlán, de acuerdo con Vega Ayala (1998), también se construye el primer astillero en 1821 por orden del comerciante Bernardo Andrade, vecino de la Villa de San Sebastián (hoy Concordia), llamándose “Luisa” la primera embarcación salida de los talleres:

Los trabajos se realizaron en la puntilla, frente a la isla del portugués (isla de la piedra), rumbo conocido, por tal hecho, como del astillero (...) La población porteña va tomando forma. El comercio se torna tan intenso que el gobierno traslada la aduana de El Rosario al puerto. Se cambia el muelle de la bahía de San Félix (playa norte) a la Bahía Sur para facilitar el alije. El camino del puerto viejo al nuevo (al pie del cerro de la cruz) se va a llenar rápidamente de viviendas y casas comerciales. El móvil de vida aquí no puede ser otro que el del comercio ilegal, el contrabando. (Vega, 1998, p. 15)

De esta manera, se sostiene que el paisaje del Mazatlán temprano se fue creando por obra y dirección de los extranjeros que practicaban el comercio capitalista, el contrabando y el saqueo imperialista de las riquezas naturales del territorio recién apropiado. Así lo constata el trazado y nombre de sus vialidades; la primera calle del puerto se trazó con el fin de transportar mercancías entre la bahía norte y el camino hacia el sur, que llevaba al Camino Real, los minerales de la región y al Presidio de Mazatlán: fue la calle Principal la más extensa y ancha, la de las majestuosas casas comerciales de los extranjeros.

La calle del Sacrificio era donde se ubicaba el rastro y sus trabajadores y, en comparación, era pequeña. En la calle del Arsenal se almacenaba pólvora, mientras que por la calle del Oro se presume que pasaban las mulas y carretas cargadas con el mineral para su traslado al extranjero. La calle del Recreo y la del Coliseo deben su nombre en honor a los teatros que se construyeron como referentes y morada de las “bellas artes” europeas. Cercana en distancia, pero lejana en significado, la calle del Carnaval representó el lugar de fieros combates entre los dos bandos populares de la ciudad al inicio de la “fiesta de la carne”: los trabajadores del mar y los trabajadores de tierra, los del Muey y los del Abasto:

Los [...] nombres de las calles fueron así dados por sus habitantes, en función de que eran los nombres utilizados por ellos y eran significativos en tanto representaban las actividades que se llevaban a cabo ahí, los lugares referenciales o, como se ha dicho, las aspiraciones [...] las primeras designaciones de las calles mazatlecas eran significativas para sus habitantes puesto que identificaban actividades, eventos, objetos o personas conocidas; los nombres de las calles eran representaciones de la ciudad aprehensible. (Alvarado, 2005, p. 76)

Junto con la identificación de las calles con las actividades económicas e instituciones sociales características del Mazatlán temprano, es posible señalar otra vertiente de filiación al clasicismo griego-romano, a lo neoclásico como referente filosófico y estético, que debe tener su razón de ser en la clase dominante extranjera que extendía su hegemonía cultural a todos los espacios de aquella ciudad. Aquellos nombres elegidos para bautizarlas fueron: calle o callejón Vulcano (1842, hoy del Ángel); callejón Aurora, calle Ceres (hoy Morelos), calle Venus, calle Neptuno (1842), calle Diana (1842, hoy Constitución), calle Febo (hoy Genaro Estrada), calle de Juno (hoy Izaguirre Rojo), calle Diana (hoy Niños Héroe) (Cole, 2004).

Esta presencia cultural del pensamiento clásico por medio de los nombres personajes de la mitología griega-romana no fue obra de la casualidad, o de preferencias individuales ingenuas de algún erudito de la época, como sugiere Oses Cole (2004) al referirse a este hecho en su investigación sobre las viejas

calles de Mazatlán. Esta vuelta al mundo europeo clásico grecorromano era parte de la fortaleza cultural de la clase burguesa, que ascendía como hegemónica en el mundo del siglo XIX europeo, y que en los países coloniales y excoloniales era imitado por sus élites, estuvo acorde con el imaginario neoclásico capitalista decimonónico, que se plasmaba en los nombres de las calles y que para la mayoría de la población indígena, negra o mestiza, no tenía un significado que se relacionara con su existencia espiritual o cotidiana.

El discurso de la arquitectura del Mazatlán decimonónico tardío

Sinaloa no es la masa implorante de la época medieval
que se plasmaba en las arquitecturas monumentales del tiempo,
ni la muchedumbre de puño en protesta de la Revolución francesa,
ni el mar de gente que canta en los riscos de Guadarrama
como sucede en otros estados del país,
sino el conjunto de gente que vive a la intemperie del ideal.
Enrique Félix Castro

En la mañana del 3 de enero de 1845, y después de un viaje largo por los principales puertos sudamericanos, llegó a Mazatlán el militar estadounidense W. M. Maxwell. En su diario escrito durante esa larga travesía registró sus impresiones sobre el puerto Mazatlán, que, desde su mirada, era radiante y próspero, algo inusual en los pueblos mexicanos. Aunque este documento destaca por su visión crítica sobre las acciones de contrabando que realizaban alemanes, franceses, ingleses y estadounidenses, nos ofrece una breve descripción sobre el espacio social de aquella ciudad que en muy poco tiempo había dejado de ser un pueblecillo: “[...] las residencias están, por supuesto, recién construidas, y al ser blanqueadas con cal dan una apariencia luminosa y alegre a la ciudad. Su construcción es de estilo español, alrededor de patios, y por su tamaño y elegancia son casi palacios” (Maxwell, 1849, p. 289).

En esas mismas fechas, otro testimonio —el del teniente estadounidense Henry Wise (1849), ocupante del puerto en tiempos de Santa Ana y la guerra

contra el vecino del norte que le costaría la mitad de su territorio a México— coincide con la descripción anterior y nos muestra a su juicio una pequeña pero moderna ciudad más civilizada que la mayoría de los asentamientos humanos de California:

El único buen edificio público es la Aduana. Las casas generalmente son de una sola planta, construida de ladrillos, o adobes y revocadas; salvo las casas de los ricos que son finas, frescas y espaciosas, con techos planos, y espléndidas vistas del mar y sus alrededores. Las calles son anchas, con aceras, bastante bien pavimentadas e iluminadas. Hay dos pequeñas plazas, muchas y buenas tiendas, cafés y Sociedades. (Wise, 1849, p. 148)

El 20 de abril de 1851, Daniel B. Woods, otro extranjero que pasa por Mazatlán camino a San Francisco atraído por la fiebre del oro, describe en sus memorias de viaje la plaza de toros del puerto, apuntando también con su pluma y mirada una breve impresión de las edificaciones importantes del puerto en aquellos años:

Este es un importante puerto marítimo y una hermosa ciudad. A pesar de no tener edificios públicos destacables, muchas de las residencias son amplias y agradables. Sus finas playas son su principal atracción. Una pequeña capilla es el único lugar de culto, mientras que el anfiteatro para las corridas de toros es un recinto amplio capaz de alojar a cientos de personas. (Woods, 1851, p. 40)

Ahora bien, en los tres testimonios epocales citados destacan dos aspectos relevantes para comprender el alcance político-cultural del paisaje urbano-social del Mazatlán temprano: no sobresalen, no existen como referentes visuales o simbólicos los edificios de la república, y segundo, las mejores edificaciones por sus dimensiones, color y belleza son las residencias y casas comerciales de los extranjeros. El testimonio del alemán Riensch nos permite comprender mejor la significancia para el paisaje social y la función que tenían como reproductoras de la hegemonía cultural las casas comerciales en la sociedad mazatleca en formación. No sólo eran referentes comerciales y de riqueza, sino

también cumplían una función simbólica: eran brillantes, armónicas, racionales, espaciosas, a los ojos del observador, así como lugares de sociabilidad que ostentaban en todo lo alto el apellido extranjero de su propietario. La mayoría tenían segundas plantas con balcones desde donde los propietarios se posaban a contemplar la ciudad, atestiguaban el ir y venir de las clases subalternas.

En este escenario destaca la casa comercial que hasta mediados del siglo XIX no era sólo un lugar de venta de mercancías para trabajar las minas regionales, o donde se expendían artículos suntuarios, sino que la mayoría eran lugares de sociabilidad y estatus, y fueron los verdaderos templos laicos e instituciones dirigentes del Mazatlán decimonónico:

Nada era más natural que una fiesta siguiera la otra y las casas comerciales combinaban lo necesario con lo placentero y por tanto en los días se hacían negocios lucrativos y en la noche se festejaba. Los patios centrales de las casas servían su propósito, ya que eliminábamos los muebles y decorábamos paredes con tela de lino para crear el ambiente de un salón de baile. En los techos colocábamos sogas tensas de las que colgaban linternas de papel y candelabros. Todo esto producía una atmósfera mágica. Quien no tenía espacio en su casa, se limitaba a dar una fiesta en la amplia casa de los Ramírez, que antes que se construyera la iglesia, se usaba para ofrecer misa, así que donde se celebrara la fiesta hasta altas horas de la madrugada, en la mañana siguiente, el domingo, se oficiaba misa. (Riensch, 2006, p. 209)

La arquitectura de las casonas tenía un uso mercantil y de vivienda donde habitaban las élites, y junto con las cuarterías que construyeron para sus trabajadores, corresponden a la primera época del puerto, las cuales fueron edificadas siguiendo los parámetros funcionales y simbólicos de la comunidad de origen europeo. Las formas estilísticas de esas edificaciones hablan de los imaginarios simbólicos de sus constructores, propios de la cultura europea occidental moderna, pero con adaptaciones al uso y clima del puerto. Fueron parte de una concepción emergente del mundo que emanaba de varias formas de pensamiento occidental a partir de la Ilustración:

Diversas ideologías apuntarán hacia ese objetivo por un lado la idea del progreso, es decir, con la creencia de que el tiempo tiene una dirección y la historia un sentido progresivo, lineal, que tiende al mejoramiento [...] el liberalismo [...] el positivismo [...] la ciudad será observada mediante los métodos científicos y se intentará su transformación con apego a sus postulados. (Fernández, 2000, pp. 76-77)

Era un nuevo simbolismo que, sin estar contenido en un manifiesto o en alguna obra que delineara sus pautas filosóficas, políticas o estéticas, se enfrentaba a los ideales monárquicos, barrocos y medievales, para volver la mirada al renacimiento y la cultura clásica de tiempos de la civilización griega en occidente. En el México decimonónico, esta forma de pensamiento se importó de Europa siendo su cúspide la ideología positivista en tiempos de la dictadura porfirista:

[...] habrá aspectos particulares que no se compartan con el neoclásico en otras latitudes, pero en el fondo dominará ese espíritu de progreso que caracteriza a los países europeos y a las élites de los territorios americanos durante los siglos XVIII y XIX. Europa será un referente obligado no sólo en el ámbito del urbanismo, sino en toda manifestación cultural [...] convalidando con ello la supuesta supremacía de Occidente. (Fernández, 2000, p. 69)

El estilo neoclásico fue el característico de toda la costa del noroeste de México durante el siglo XIX, donde se registran la presencia de casas comerciales extranjeras, por ejemplo, en Colima, Guaymas, etcétera, así como en el trazo de calles y lugares de sociabilidad, como las plazas públicas y los paseos. El paradigma social y estético de la época neoclásica tenía como ideal construir una ciudad racional por medio de la ciencia y la industria, que llevara a la felicidad de sus habitantes, o por lo menos esa fue la justificación de ese tipo de mentalidad promovida en la sociedad por los grupos que formaban la burguesía ilustrada de la época:

El neoclasicismo implicó la apreciación de la belleza y la estética. Implicó la revaloración de las artes, de la música, de la pintura, de la escultura, de la ópera [...] las construcciones eran mayormente dedicadas a museos, bibliotecas, teatros, provistos generalmente de pórticos, es decir, de un elemento que tenía su origen en las construcciones sacras de la antigüedad. Los almacenes, los hoteles, la arquitectura conmemorativa eran construidos bajo los esquemas funcionales del neoclásico por moda y por necesidad de manifestar un “buen gusto” funcional y sobriamente elegante y bello. (Alvarado, 2005, p. 97)



Imagen 4. Primer momento de la Mercería Alemana. Su estilo arquitectónico es coherente con las tendencias marcadas por el neoclasicismo. Como muchas edificaciones de su tipo con dos plantas, era a su vez casa comercial en el primer piso y vivienda particular en la segunda.

Así, y volviendo a nuestra interpretación de la ciudad como texto, del paisaje como discurso, como sistema comunicacional entre las distintas clases sociales, se puede decir que la retórica del paisaje mazatleco usaba el tropo de la metonimia para otorgar los valores de sus casas comerciales y residencias a sus dueños, los extranjeros comerciantes. Toda la majestuosidad, brillantes, limpieza, armonía y demás concepciones señaladas para la arquitectura neoclásica se encarnaban en sus moradores, siendo otro “síntoma” de la hegemonía cultural que les permitía dirigir las vidas de la colectividad según sus intereses nacionales y de clase.

De acuerdo con el testimonio de John Lewis Ginger, otro viajero/explorador que estuvo en Mazatlán a finales de 1873, la población era de 20,000 habitantes —según sus informantes— y estaba conformada principalmente por mestizos.

En los mejores barrios vivían muchos descendientes de españoles directos, mientras que en las periferias vivían los indios en chozas de paja (Lewis, 1874, p. 11). Para este personaje, al igual que otros extranjeros que llegaban por mar a Mazatlán, la ciudad era pintoresca y lo primero que se identificaba al acercarse a la costa eran las colinas, las islas y los cerros que formaban el paisaje natural de la bahía perfectamente delineada. Entre los cerros se situaban la ciudad, y sobre de ellos también se distinguían las chozas de las clases subordinadas. Desde el barco, John Lewis Ginger dejaba llevar su mirada por el espejismo que la distancia creaba sobre el puerto: “Las casas blancas de un solo piso y techo plano, eran eclipsadas por las altas palmeras y rodeadas por grandes hojas de plátano, lo que les daba un verdadero aspecto tropical” (Lewis, 1874, p. 7). Al descender del barco y ver de cerca todo aquel paisaje lejano, diría que todo resultó decepcionante. Sin embargo, al dar una caminata por el puerto, nos ofrece una descripción del paisaje urbano relevante para nuestros fines:

Mazatlán se caracteriza por sus numerosas calles rectas y estrechas, pavimentadas con guijarros, que se alinean con casas de un piso pintadas con cal. Estas fueron sólidamente construidas de piedra o adobe y, con pocas excepciones, son de una sola planta. Hay también algunos imponentes edificios que pertenecen a los ricos comerciantes de la ciudad, los cuales se construyeron en un estilo (como descubrí más tarde) universal adoptado en México, es decir, a los lados de un patio interior de forma cuadrada del interior, se abren todas las habitaciones. Este diseño es muy cómodo ya que va de acuerdo al clima, donde la sombra al aire libre es absolutamente indispensable. (Lewis, 1874, pp. 9-10)

Destaca en su descripción el estilo arquitectónico de las casas de los *ricos comerciantes*, extranjeros, debido a que afirma haber preguntado de dónde provenía dicha forma de construcción, y la respuesta, el *estilo universal usado en México*, quizá se refiera solamente a los grandes patios interiores, como lo describe, que permiten el contacto con la naturaleza y el aire fresco, lo que considera muy bueno para lugar de clima tropical como el puerto.

Otro aspecto de la descripción del paisaje mazatleco en 1874 es la mención a las plazas del puerto adornadas con jardines y árboles frutales como

naranjos, palmeras de cocos, plátanos, zapote y otras plantas tropicales, que, aunque descuidados, daban una impresión de dominio sobre la naturaleza. Sin embargo, la vida urbana no estaba establecida todavía por aquellos años, como se puede constatar en las infranqueables descripciones siguientes, donde se nos muestra más que una vitalidad citadina propia de la modernidad, un paisaje rural monopolizado por las casas de las clases dominantes:

Las calles son muy aburridas. No hay ningún tipo de vehículos y muy pocos transeúntes, sólo un arriero golpea a su muy cargado animal, o un vendedor ambulante sentado en el umbral con sus pocas mercancías extendidas sobre un paño detrás de él en la acera, casi los únicos que había. Además de ellos, sólo están las ventanas de las tiendas y las casas con sus grandes barrotes de hierro, una igual a la otra; no se puede imaginar algo más tranquilo o falto de vida (Lewis, 1874, pp. 9-11).

Sin embargo, no todas las miradas historiográficas destacan la importancia de conocer este orden simbólico que estructuran las ciudades, ya que son incapaces de encontrar significados en ese orden material aparentemente natural y aséptico. Ejemplificaremos con el poeta Esteban Flores que, en la edición dominical de *El Correo de la Tarde* del 1 de octubre de 1899, refiere en su columna “Crónica” una fiesta celebrada en la casa de un extranjero, el señor Douglas. Este evento le permite al cronista continuar una reflexión sobre las nuevas tendencias arquitectónicas en algunas fincas de reciente construcción en la ciudad-puerto, lo que viene a romper según su apreciación, con el estilo sobrio, monótono y poco moderno y originales de las viejas construcciones:

[...] lo que va quitando a la población el aspecto pesadamente monótono de su caserío, que se antoja concebido por la mollera del mismo estéril constructor a juzgar por el parecido de sus unidades. Tenemos ya varias fincas, cuyo arreglo y forma llaman la atención, y si los que en lo sucesivo construyan casas, siguen la tendencia dominante, Mazatlán tendrá dentro de una década un risueño, un pintoresco y elegante aspecto de ciudad moderna (*El Correo de la Tarde*, 1 de octubre de 1899, p. 1).

En algún momento de la segunda mitad del siglo XIX se puede observar que las casas comerciales extranjeras empiezan a perder su estatus de referentes institucionales y económicos como lo habían sido desde la población del puerto, para compartirlo por así decirlo, con las empresas, fábricas e industrias extranjeras casi siempre aliadas con las primeras en cuestiones de capital. Así, en casi todas las mejoras de la ciudad se encontraba el préstamo directo de extranjeros al ayuntamiento, concesiones ventajosas, así como la construcción de una imagen del extranjero como garante de la prosperidad y felicidad del puerto y benefactor de aquella sociedad:

Los empresarios extranjeros y nacionales constituyeron la Cámara Nacional de Comercio de Mazatlán en agosto de 1884 y se dieron a la tarea de presionar para obtener las concesiones necesarias para dotar a Mazatlán de servicios públicos propios de una metrópoli: transporte de vapor, luz eléctrica, teléfono y agua potable. (Vega, 1998, p. 20)

Para el año de 1868, incluso desde años antes, la vida en Mazatlán ya no era compatible con los límites y los recursos de la ciudad edificada por los pioneros. Las mejoras al entorno, el reclamo de solares en todos los flancos de la ciudad, los cobros de impuestos a diestra y siniestra, un bando de policía que buscaba por todos los medios modificar y normar el comportamiento de la mayoría de la población hacia formas de conducta y una moral más colindante con una sociedad ilustrada, burguesa, eran parte del cambio cultural que vivía aquella sociedad. O por lo menos eso es lo que se respiró en la sala de sesiones del Ayuntamiento porteño al dictaminar en el verano de 1868 la concesión a míster Norton del terraplén de Olas Altas entre el Cerro del Vigía y el de la Cruz.

Esa obra era calificada como muestra de equivalencia de la ciudad con las sociedades modernas, sobre todo en sesión del 10 de julio, cuando el Calderón se atreve a proponer que se revoque el contrato ya casi firmado con el empresario, “del negocio del terraplén de la ensenada de Olas Altas” (AHMM, 13 de junio-18 de diciembre de 1868, p. 51), debido a una ley nacional que dice que las que las playas y ensenadas son de propiedad federal, y, por tanto, el

municipio no puede disponer de ellas como lo haría en el contrato con Norton. Sin embargo, en el dictamen del 13 de junio de 1868 dado por la Comisión de Ornato y Comodidad del ayuntamiento de Mazatlán sobre la solicitud que hace “D. Carlos E. Norton para ensanchar el terraplén de Olas Altas”, concluye con las siguientes proposiciones:

1^a. Se concede a Dn. Carlos E. Norton permiso para terraplenar la parte al poniente de esta ciudad conocida por “Olas Altas” según el plano que ha presentado. 2^a. Todas las manzanas que terraplene y nivele serán propiedad privada del empresario, con excepción de una, que en el punto más céntrico quedará para plaza. 3^a. El Ayuntamiento cede a la empresa el terreno baldío que pueda encontrarse en ambos cerros dentro de la línea que marca el plano: y la empresa se entenderá con los particulares para la indemnización de la propiedad de estos. 4^o. Los trabajos de terraplén se comenzarán dentro de un año de la fecha de concesión y terminarán toda la obra dentro de tres años, excepto que por motivos de fuerza mayor haya de suspenderse en cuyo caso se tomará en consideración el tiempo garantizado para deducirse (p. 2).

Era 1897, la víspera para colocar la primera piedra del mercado municipal de la ciudad fue la excusa para una reflexión periodística en *El Correo de la Tarde*, fincada en los comentarios que la sociedad política y letrada hacía sobre ese suceso. El nuevo mercado era un síntoma más de los cambios sociales, morales y civilizatorios que experimentaba Mazatlán desde hace 20 años, según aquellas palabras, y momento propicio para dar espacio a la memoria y recordar lo que era Mazatlán anteriormente:

[...] nos es forzoso llamar a la memoria recuerdos de lo que era Mazatlán en los años bonancibles, en que, según la tradición, el oro circulaba por doquiera y la moneda de plata de nuestro cuño tenía premio en la localidad. Nos encontramos desde luego con un enigma que no podemos descifrar. ¿Cómo es que en esos tiempos de feliz memoria, las mejores materiales en nuestro puerto eran desconocidas y la ciudad ostentaba plazas, calles y edificios públicos, indignos de una población civilizada y en posesión de los primeros rudimentos de la limpieza y

el decoro que exigen la higiene y el respeto a sí mismo? (El Correo de la Tarde, 4 de febrero de 1897, p. 2)

El autor pinta, a su decir, el cuadro denigrante en que se encontraba la ciudad hace menos de un cuarto de siglo. Describe situaciones y espacios sociales donde se percibía ese Mazatlán que con la primera piedra del nuevo mercado municipal terminaba por desaparecer. Y esto era así para su reflexión, debido a que el mercado tradicional con sus formas, su moral, sus intercambios y organización, representaba el último reducto del viejo Mazatlán que “[...] acababa de condenarse a las hogueras que le prepara la civilizadora inquisición del siglo. ¡Todo ha cambiado!” (p. 2). El autor pedía a sus lectores comparar las imágenes y descripciones que planteaba con el Mazatlán que vivían todos ellos por aquel tiempo. Les invita a mirar las plazas, el cuartel militar, las prefecturas, el ayuntamiento, las calles, el mercado, y ver en esos lugar la encarnación de otra vida, otras personas y sobre todo otro futuro ajeno en su inmensidad a los recuerdos del pasado, bochornoso para cualquier ser civilizado:

El Hospital Civil era una finca asquerosa, propiedad particular, cuya renta era subida y donde sobre catres de estilo primitivo, con petates comprados a vil precio, como empaques inútiles de los tercios de azúcar procedentes de los Estados de Jalisco y Colima, morían los enfermos no sólo por los escasos alimentos que les proporcionaban sino por lo repugnante que eran el asilo que les ofrecían [...]. El Cuartel Federal, sobre una loma inculta, árida en el tiempo de secas, húmeda y fangosa en tiempos de lluvia, estaba rodeado siempre de un muladar, en el cual los perros flacos, sarnosos y vagabundos, encontraban lugar propicio para sus vulgares placeres [...] el Templo Viejo, apenas se sostenía con sus delgadas paredes y sus feas vigas. Para que los fieles llegaran hasta sus puertas, debía subir un verdadero calvario, apenas propicio para los penitentes [...] el Templo Nuevo sólo podía ostentar cuatro paredes con seis ventanas y con tres portones abiertos a todo viento y animal. La leyenda dice que había constado ya millares y millares de pesos, criticándose severamente por el único periodo semanal que ilustraba las masas sociales de Mazatlán, la indiferencia del público, ante el estado de perpetuo abandono de ese edificio [...] el Palacio Municipal, sin jardín

interior o exterior, era con esa sola diferencia, el mismo que hoy contemplamos. La limpieza interior y exterior dejaba mucho que desear, así como la de algunos regidores que por elección “popular” representaba al “pueblo”. El crédito era desconocido y los acreedores sobaban. La policía recibía sus haberes con un fuerte descuento (...) la Prefectura del Distrito no tenía residencia fija [...] el Barrio del Astillero era intransitable de noche desde la tiendita denominada La Parranda (...) la cárcel, aunque en el mismo lugar en que la conocemos en la actualidad, contaba con la mitad del terreno y se distinguía por su suciedad, malos alimentos y peor trato espiritual y corporal a los presos. Eso sí, tenían la gran ventaja que a cada movimiento político eran hombres libres... y por desgracia sus manos también [...] Las plaza Machado, Hidalgo y Zaragoza eran unos muladares más o menos disimulados, las calles tortuosas estaban apenas empedradas, el alumbrado público consistía en costosísimo petróleo, y luces de gas que apenas servían, las vías de comunicación eran cortas y escasas, para una carta a México tardaba en su viaje más de 30 días y la comunicación con los Estados Unidos por vapor era apenas mensual [...] en medio de tanto atraso pero imperturbable; con su mismo sucio aspecto de hoy, sus antihigiénicos perfumes, su pueblo moscas, ratas y perros hambrientos existía orgulloso el Viejo Mercado [...]. (p. 2)

Eso era el pasado, lo que existía desde antes de los últimos veinte años. El presente era otro era el cambio, lo nuevo, lo civilizado. Los signos y síntomas de este progreso eran visibles cotidianamente para todos los mazatlecos que tuvieron la oportunidad de leer este escrito publicado en 1897. Según el autor, refiriéndose a sus coetáneos:

Tenéis un hospital que todos los viajeros admiran por su construcción, su limpieza y las atenciones que reciben los enfermos [...] tenéis una cárcel que da trabajo al delincuente, a la par que corrección [...] tenéis un templo que sin ser católicos podéis considerar con justo aprecio [...] tenéis un cuartel que sirve de digna morada a los defensores de nuestro suelo y de nuestra dignidad [...] tenéis telégrafo, luz eléctrica, teléfonos, agua potable y jardines con profusión

de árboles y flores que ni a peso de oro se hubieran antes podido conseguir [...] tenéis una Corporación Municipal que con fuerte deuda anterior acaba de conseguir un crédito de \$200,000, por lo menos, para la construcción del mercado y la instalación de un parque en los desiertos terrenos del Puerto Viejo (...) tenéis veinte escuelas, donde antes podíais contar tres, y deficientes [...]. (p. 2)

Para el autor, las causas de estos cambios no pueden ser consideradas obras del tiempo, sino de la acción de los hombres, acción guiada en buen sentido. Por esos días de 1897 surge en Mazatlán una comisión encargada de realizar un proyecto de mejoras en el puerto, el cual se presentará posteriormente al “Supremo Gobierno”. En una nota de la sección “Dentro & Fuera”, publicada en *El Correo de la Tarde*, se dice que este asunto de las obras del puerto es un tema corriente de conversación, acentuado entonces por las constantes visitas de reconocimiento que se han hecho a la bahía que sirve de atracadero, así como a la del Puerto Viejo. Es por ello que se da información sobre la composición de dicha comisión, por ser tema de interés público: “Edgardo K. Smoot, contratista e ingeniero; Francisco R. Blanco, secretario e intérprete; Eduardo Perry, administrador general; L. C. Perry, ayudante del anterior; James Gallospie-Clow, ingeniero en jefe; e ingenieros: James Stewart, Arthur Wheatley, B. Linderman, G. L. Palmer y K. M. Vanzaudt” (p. 2).

La nota publicada ese día continúa la secuela de eventos y voces que acompañarán a los ingenieros extranjeros de la Comisión de Mejoras que están en la ciudad, “para estudiar nuestra bahía, levantar planos y decidir el verdadero lugar de nuestro futuro puerto” (*El Correo de la Tarde*, 10 de febrero de 1897, p. 1). La nota acusa de forma jocosa la especulación con la propiedad en los distintos barrios de la ciudad, los cuatro barrios, lo que ha ocasionado a más de uno el intentar comprar fincas o denunciar baldíos donde se efectuarán las principales mejoras: “[...] la propiedad ha aumentado su valor de Oriente a Occidente...! ¡Cuando Mazatlán progresa, no monta un burro pinto!” (p. 1).

Conclusiones

Durante el siglo XIX, la región noroeste de México despertó de su letargo económico y cultural impulsada por factores internos y externos, entre los que destacan la industrialización europea y el auge del comercio marítimo internacional, la presencia de recursos naturales sobre todo minerales y marinos, su relativa autonomía y poca influencia del gobierno central, su ubicación como puente de enlace con Estados Unidos, el contrabando y la presencia de extranjeros inmigrantes europeo. En ese momento histórico se pobló el puerto de Mazatlán, formando una sociedad estable a partir de la cuarta década del siglo XIX.

Los extranjeros que se avecindaron en el puerto en tiempos de su apertura oficial al comercio internacional en 1822, no llegaron a esta región espontáneamente o por medio de las migraciones libres que caracterizarán a la segunda mitad del siglo XIX en toda América Latina. Llegaron con el capital, las redes sociales y el conocimiento del mercado internacional capitalista que les permitió explotar natural, económica y socialmente a la región. Esta *modernización* material y cultural se vincula a la polaridad que representó la contraposición sarmientiana de *civilización y barbarie*, presente en las disputas simbólicas de la época. Ese afán de dominación les permitió conservar y acrecentar su riqueza económica e hizo posible que los inmigrantes extranjeros pertenecientes a la clase dominante extendieran su control sobre los procesos políticos e ideológicos de su tiempo.

Durante el siglo XIX, en el paisaje urbano se representaba la forma de vida, las creencias, el imaginario, el espacio y el tiempo, el pasado, el presente y el futuro de un grupo humano que dominaba económicamente el territorio, que luchó políticamente por el mismo contra otros grupos regionales y nacionales, y que mostraba con orgullo su cultura como algo superior y digno de imitación por los demás grupos subalternos, ya fueran las élites criollas locales hasta los militares de la república, los pescadores, los marineros y el pueblo en general. Sus majestuosas casas comerciales con su arquitectura neoclásica decimonónica eran la esencia del paisaje mazatleco junto a las calles y los espacios de sociabilidad, desde donde se ordenaba e institucionalizaba la hegemonía cultural por parte de los grupos extranjeros.

Como se observa, todos los miembros calificados son extranjeros portadores de las técnicas y conocimientos para mejorar al puerto; eran los portadores de la representación social del *progreso*. Esto viene a reafirmar que desde sus inicios con las casas comerciales y, posteriormente, con las empresas e industrias, dominaron económicamente no sólo la región, sino que también poblaron de significados el territorio y el paisaje de la ciudad hasta fines del porfiriato:

Los empresarios gobernaban Mazatlán, en aquel entonces, sin mediaciones. El largo periodo del general porfirista Francisco Cañedo en el cargo de gobernador de Sinaloa fue de bonanza para los capitalistas españoles y de dificultades para los alemanes y asociados [...] a Echeguren y sus allegados eso les produjo grandes dividendos: concesiones, privilegios y el disfrute rotativo de puestos políticos (prefectura, regidurías, diputaciones, sindicaturas). (Vega, 1998, p. 21)

La historiografía sinaloense —desde Eustaquio Buelna, incluso— señala la influencia de los comerciantes extranjeros desde aspectos económicos y políticos, destacando sobre todo el interés de mantener su poder económico mediante relaciones de dominación política, por medio de motines, asonadas, intentos separatistas, parentesco, sobornos, tráfico de influencia, componendas con el poder central y otros medios directos de control social. Se obvia el capital cultural del comerciante extranjero, su cosmovisión propia de un momento de desarrollo industrial, intelectual y económico propio del occidente europeo; no se pregunta cómo influyó en el sentido de sus acciones, prácticas y representaciones ante la sociedad, y que, en ciertos periodos del siglo XIX, sirviera a sus intereses de dominación económica-político-militar del puerto de Mazatlán. Sin embargo, al interpretar políticamente el ordenamiento de la ciudad y la construcción del paisaje del Mazatlán decimonónico, las plazas, los edificios, la arquitectura y las calles muestran su función como un elemento discursivo más en las batallas simbólicas por el establecimiento de la hegemonía cultural de la época.

Bibliografía y referencias

- Alberdi, J. (2017). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Biblioteca del Congreso de la Nación.
- Alvarado, L., (2005). El viejo Mazatlán... donde todo comienza: identidad, representaciones e historia (tesis de doctorado). Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Beraud, J., *et al.* (2007). Construcción social de las condiciones de riesgo en Mazatlán, Sinaloa. En *Revista Electrónica Zacatecana sobre Población y Sociedad*, 7(31).
- Brito, F., (2018). La política en Sinaloa: de la Intervención francesa hasta el cañedismo. En Azalia López (coord.) (2018). *Historia General de Sinaloa: época decimonónica*, t. III. Colsin.
- Cole, O. (2004). *Las viejas calles de Mazatlán*. Noroeste.
- Cordoz, A. (1983). El territorio como palimpsesto. En Ramos, A. (ed.) (2004). *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*. Universidad Politécnica de Catalunya.
- Delgado, J. (2010). Entre la materialidad y la representación: reflexiones sobre el concepto de paisaje en geografía histórica. *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, 19, pp. 77-86.
- Duncan, J. (2004). *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandyian Kingdom*. Cambridge University Press.
- Fernández, F., (2000). *Europa y el urbanismo neoclásico en la ciudad de México: antecedentes y esplendores*. Plaza y Valdés/UNAM.
- Ginger, J. (1874). *A Peep at México: narrative of a journey across the republic from the pacific to the gulf in december 1873 and january 1874*. Trübner and Co.
- Hale, R. (1829). *Travels in the interior of México in 1825, 1826, 1827 & 1828*. Henry Colburn and Richard Bentley.
- Kramsch, O. (1999). El horizonte de la nueva geografía cultural. *Doc. Anàl. Geogr.*, 34, pp. 53-68.

- Llanes, W. (2015). Reglamento para el regimiento, servicio y gobierno del cuerpo de pardos de San Juan Bautista de Mazatlán, 1792. *Corpus*, 5(1), pp. 2-22. <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.1362>
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Le Goff, J. (2016). *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?* FCE.
- Lerma, A. (2005). *Mazatlán decimonónico*. Edición del autor.
- Martínez, E. (2013). Ciudad, espacio y cotidianidad en el pensamiento de Henri Lefebvre. En H. Lefebvre (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Martínez, I. (2013). Prólogo: Henri Lefebvre y los espacios de lo posible. En H. Lefebvre (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing: España.
- Martínez, L. (2007). Inmigrantes europeos en Mazatlán: siglo XIX. *Arenas*, 11, pp. 78-85.
- Maxwell Wood, W. M. (1849). *Wandering sketches of people and things in south America, Polynesia, California and other places visited during a cruise of board of the U.S. ships levant, Portsmouth, and Savannah*. Carey and Hart.
- Mendieta, R. (2016). Mazatlán de la Belle Époque: hegemonía cultural, representaciones sociales, literatura. *Arenas*, 44.
- _____ (2010). Las casas comerciales extranjeras del puerto de Mazatlán y las nuevas formas de sociabilidad moderna en Sinaloa. En F. Rodelo, F. y R. Mendieta (2010). *Repercusiones socioculturales de la independencia y la revolución en Sinaloa: nuevas miradas*. Difocur.
- Reinsch, A. (2006). Recuerdos de mi vida durante los años de 1830-1855. L. Schobert y E. Hernández (eds.) (2006). *Raíces de Mazatlán: fundación, política, música y viajeros*. Asociación de Gestores del Centro Histórico de Mazatlán/UAS/Instituto Municipal de Cultura de Mazatlán.
- Riesgo, J. et al. (1822). *Memoria sobre las proporciones naturales de las provincias internas occidentales, causas de las que han provenido sus atrasos, providencias tomadas con el fin de lograr su remedio, y las que por ahora se consideran oportunas para mejorar su estado, e ir proporcionando su futura felicidad*. Imprenta de D. José María Ramos Palomera.

- Román, R. (2010). La región y su análisis: teorías para su estudio. *Clío*, 28, pp. 146-170.
- _____ (1993). Acerca de la fundación de Mazatlán. *Clío*, 1(9), p. 129.
- Sarmiento, D. (2013). *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga*. Conaculta.
- Vega, E., (1998). *¡Ay, mi Mazatlán: historias de ayer y hoy!* Archivo Histórico de Mazatlán.
- Wise, H. (1849). *Los gringos, or, an inside view of Mexico and California with wanderings in Peru, Chili, and Polynesia*. Baker and Scribner.
- Woods, D. (1852). *Sixteen moths at the gold diggings*. Harper & Brothers publishers.

Archivo

- Archivo Histórico Municipal de Mazatlán (AHMM). Mazatlán, México.
Fondo Independencia presidencia, caja 1, exp. 1, 1822-1832, febrero de 1829.
Libro de Actas del Ayuntamiento de la ciudad de Mazatlán, 1868, t. II, del 13 de junio al 18 de diciembre, p. 51
- Archivo Centro Regional de Documentación Histórica y Científica (CREDHIC). Culiacán, México.
- El Correo de la Tarde*, núm. 40, 1 de octubre de 1899, Mazatlán, p. 1.
- El Correo de la Tarde*, t. XII., núm. 3737, 4 de febrero de 1897, Mazatlán, p. 2.
- El Correo de la Tarde*, t. XII., núm. 3742, 10 de febrero de 1897, Mazatlán, p. 1.
- El Correo de la Tarde*, t. XII., núm. 3795, 7 de abril de 1897, Mazatlán.
- El Monitor del Pacífico*, Mazatlán, 4 de agosto de 1879.

Imágenes

- Mapas. Paul, Emmert, (1826-1867). Col. de la Biblioteca Bancroft de dibujos de California y México.
- Fotos de casas comerciales: <http://www.galeriamazatlan.com/>